

Charlotte Rørth

Cuando
desciende la luz

Un viaje apasionante en busca de respuestas

Traducción:

BLANCA ORTIZ OSTALÉ



MAEVA | *inspira*

*Toda mi gratitud para mi marido, Uffe Westerberg,
y nuestros hijos, Sixten, Niklas
y su hermano pequeño Frederik, a quien
perdimos en diciembre de 2014.
Este libro está dedicado a él.*

Índice

Prefacio.....	9
Escúchame.....	13
Este es mi sitio.....	17
Cuando desciende la luz.....	23
Había un hombre.....	27
Es tiempo de hablar de fe.....	39
El gozo del asombro.....	53
El despertar del cuerpo.....	59
Van a tomarme por loca.....	77
Enferma de amor.....	99
¿Quién era ese hombre?.....	111
Espacios cargados de energía.....	133
Bendito conocimiento.....	147
De la cruz y Kierkegaard.....	157
No estoy sola.....	163
Noche larga y oscura.....	181
El segundo encuentro.....	195

No hay camino	207
En el lago de Genesaret	221
Bibliografía	231
Nota de la traductora	237

Prefacio

Como este, hay un libro entre un millón. Por espacio de varios años he tenido ocasión de presenciar su génesis entre bambalinas y puedo asegurar que ha sido un proceso hermoso y exigente. Y es que un parto semejante exige atención y cercanía. La duda, la humildad, la convicción, la determinación, la fe y la seriedad son ingredientes naturales en la obra de un autor comprometido, y la peripecia vital que encontramos en estas páginas no podría ser más particular.

Charlotte Rørth nos invita a conocer sus experiencias y a acompañarla en su viaje a través de un período para ella repleto de acontecimientos, en parte inesperados, que ha sabido plasmar muy bien en el libro y que vuelven a cobrar vida gracias al encuentro entre la autora y el lector.

Es muy fácil rechazar lo diferente: lo místico, lo religioso o lo espiritual, la creencia o la experiencia de una visión no lineal del tiempo; rechazar la fe, en términos generales.

Rechazar incluso la ciencia cuando nos ofrece hipótesis y resultados poco convencionales. La vida está llena de diversidad.

Este libro trata del espíritu, del alma y de la mente, de la vida y de la muerte, de Dios, del individuo y de la comunidad. Charlotte Rørth ha querido apartarse de clasificaciones y sistemas rígidos, de categorías marcadas por los prejuicios, e invitar al lector a seguirla en un viaje que abre las puertas a ideas y conceptos novedosos, a experiencias y acontecimientos diferentes, dejando al tiempo en su mano la reflexión y la decisión.

No quiero dejar de expresar mi alegría por haber podido asistir al nacimiento de un libro que después he leído con gran interés. Espero que otras muchas personas lo lean con la misma seriedad, compromiso e intensidad con los que está escrito.

Steen Hildebrandt,
Profesor universitario y doctor
Frederiksberg, diciembre de 2014

«Tras de un amoroso lance
y no de esperanza falto
volé tan alto, tan alto,
que le di a la caza alcance.»

Juan de la Cruz

Escúchame

Todo comienza la tarde del miércoles 28 de noviembre de 2008 en las fiestas de la ciudad de Baeza.

En la plazoleta en cuesta donde la calle del Rojo pasa a llamarse calle Doctor Ojeda, hermosas mujeres andaluzas pregonan sus almendras garrapiñadas y otras muchas delicias. Un pequeño tiovivo da vueltas y más vueltas. Los niños ríen en la oscuridad. Sus caritas van adquiriendo todos los colores a la luz de la feria. Rojo, verde, amarillo, azul. Los hombres, acodados en barricas, acompañan sus cervezas con aceitunas y hacen grandes aspavientos con los que arreglan el mundo. El aire está cuajado de banderolas y de notas del hilo musical, porque pasado mañana es el día de San Andrés, santo patrono de la ciudad, que también ha dado nombre a la iglesia en la que estamos entrando.

En el templo abarrotado, con sus blanquísimas bóvedas y un altar mayor donde resplandecen las esculturas doradas y María con Jesús en brazos, acaba de terminar la misa en

honor del santo. Los fieles se levantan de los bancos de madera y la emprenden a saludos con vecinos, primos y hermanos. De repente, una mujer regordeta vestida de negro que lleva zapatos bajos y un pañuelo en una mano empieza a apartar a la gente hacia los lados hasta quedar frente a mí. Es tan baja –menos de un metro y medio– que tiene que levantar la vista para mirarme mientras respira afanosa y sonoramente.

–Eres una elegida –asegura sin aliento al tiempo que tira de mis manos hasta estrecharlas con fuerza contra su pecho.

Convencida de que me confunde con otra persona, intento soltarme educadamente, pero ella me agarra por las muñecas con fuerza y me mira con determinación, como si me reconociera. Asiente.

–¿Cómo te llamas?, ¿de dónde vienes, ¿qué haces?

Al oír la palabra *periodista*, dice «Bien, bien», y coloca sus manos alrededor de las mías.

–Por eso te han elegido, entonces. Vas a tener que contar la historia más importante de tu vida, así que *escúchame* –continúa; su pañuelo se calienta entre nuestras manos–. Va a llegar el fin del mundo y solo aquellos que crean se salvarán. Y tú tienes que contárselo a todos.

Respira.

Por espacio de unos segundos solo hay silencio entre ella y yo; yo, que he venido hasta aquí por trabajo. Invitada, como otras veces, por la Oficina Española de Turismo, que organiza viajes con conferencias y excursiones guiadas para periodistas y fotógrafos que, de ese modo, podemos publicar en nuestros países de origen artículos sobre lugares y monumentos españoles poco conocidos fuera de España. Este itinerario por Jaén, Úbeda y Baeza, entre sierras andaluzas,

para acercarnos a su aceite de oliva y su cultura, ha tenido un arranque algo movido. A causa de una baja por enfermedad de última hora, buscaban a alguien que hablase español, un idioma en el que me defiende por haberlo estudiado en el instituto y porque me siento indefiniblemente cómoda en este país que ya he recorrido varias veces desde mi primer Interrail por él en pantalones cortos. La Oficina de Turismo me llamó el lunes y el viaje comenzó el miércoles. Mi trabajo y mi familia dieron el sí y aquí estoy, con las manos de una desconocida alrededor de las mías y sin sospechar siquiera que estoy a punto de entrar en un período de mi vida que puede llevarme a perder la razón, el marido, el trabajo, los amigos y... a mí misma.

Este es el día del comienzo de lo que no termina, del asunto de este libro.

«No tenemos derecho a juzgar
lo que no somos capaces de entender.»

Jesús Leiros

Este es mi sitio

Igual me está dando una embolia, me digo un día después de la visita a la iglesia de Baeza. Estoy en una localidad vecina, Úbeda, paralizada cual estatua de sal en una sacristía junto a una capilla de cinco siglos de antigüedad, la Sacra Capilla de El Salvador.

Hace un cuarto de hora, el grupo de periodistas al completo ha entrado en El Salvador y ha estado bajo la cúpula escuchando la larga disertación de Andrea Pezzini, el guía, acerca de esta capilla, una de las más bellas del mundo, erigida por y para el caballero Francisco de los Cobos y Molina y su esposa. Ambos están enterrados en la cripta, justo bajo la cúpula, ante un descomunal altar casi obscenamente decorado con estatuas de madera talladas y doradas, coronas de flores con brillos y colores, pámpanos y ribetes, ángeles, columnas y cortinajes, una pomposa profusión de estilo barroco. Andrea ha gesticulado, nos ha explicado y después nos ha conducido hasta la sacristía de la izquierda, con su

fría decoración clerical y su blancura casi resplandeciente. El sitio donde ahora estoy.

Una vez dentro, él ha seguido con las explicaciones. Y aún sigue, pero su voz me resulta cada vez más lejana, ¿o seré yo la que se aleja? Tengo algodón en los oídos, imanes en los pies, todo está vacío, no pienso en nada, no sé nada. ¿Es posible estar así?

Sí.

Es la segunda vez que me ocurre algo especial. Ayer me abordó una mujer que me llamó «elegida». Hoy me encuentro aquí plantada como un ser sin voluntad, físicamente clavada a este suelo sucio. Debería tener miedo, pero no lo tengo; aunque no puedo moverme.

Cuando me he despertado esta mañana, era una criatura normal, un ser pensante con su título de bachiller, su carrera de periodismo y una fe ciega, como la de tantos daneses, en el sentido común. Nacida en 1962, criada, educada y formada en un entorno ateo, aunque académicamente respetuoso. Era una periodista más, estaba bien y me encontraba de viaje; había borrado de mi mente la profecía de la víspera a propósito de eso de ser una elegida.

Llevaba manos a la obra desde las nueve, tenía mi bloc de notas y un bolígrafo, y estaba del mejor humor del mundo para trabajar, de manera que preguntaba y escribía con la mente puesta en los lectores. Por las puertas de la fábrica de aceite de oliva Castillo de Canena pasaban camiones rojos que traían la última cosecha del año desde esos olivares infinitos, plantados por varias generaciones, cuyas hileras perfilan una cuadrícula en todos los montes y en todos los valles de la comarca. El aceite dorado circulaba por tubos transparentes hasta caer en tanques de acero, las

botellas tintineaban y eran etiquetadas, el aire estaba preñado del olor de una tierra milenaria. El aceite es el medio de vida de esta comarca desde hace miles de años y la historia pervive en este gélido laboratorio de Úbeda, donde el saber científico ha incluido los sentidos en la fórmula y el oro líquido se cata, como el vino, en pequeños vasos azules. Un catador profesional del servicio de etiquetado de calidad de las cooperativas ha llegado con una hoja llena de preguntas relativas al sabor. ¿Era amargo? ¿Dulce? ¿Sabía a madera? ¿A flores?

Esta mañana la vida era muy concreta y cualquier cosa menos rara, pero ahora los demás han salido de la capilla y yo estoy en la sacristía con las piernas de plomo, incapaz de moverme, aunque en un estado de placidez tan agradable que lo supera todo, curiosidad incluida. Andrea regresa, se detiene y me observa.

—No me puedo mover —le digo.

—¿Por qué tienes esa especie de luz alrededor? —pregunta él.

Nos miramos en silencio unos segundos.

—¿Por qué tienes esa especie de luz alrededor? —repite.

—¿Por qué no puedo moverme? —insisto yo.

—A ti te ha pasado algo —dice; me agarra con fuerza por los hombros y me saca a la calle.

—Puedo andar —replico como una boba.

—No vayas a pensar que soy de los que creen —suelta de pronto.

Luego prosigue, a tientas y con timidez, y es un momento tan íntimo que los dos nos sonrojamos:

—Yo no sé de estas cosas, pero el caso es que tienes luz.

Yo le miro y luego vuelvo a ensimismarme, y él aparta la vista azarado.

En los años que vendrán será testigo de más. En mí y en sí mismo. Aquellos días de noviembre de 2008 en Úbeda y Baeza dio comienzo lo que hoy se ha convertido en el centro de mi vida; en el centro de este libro. Es un conjunto de conocimientos, experiencias y reflexiones que he reunido y puesto por escrito porque durante el proceso me habría gustado mucho leer algo donde otros explicasen la tremenda convulsión que sacudió mi vida totalmente por sorpresa.

«Pero sé que en algún lugar de mi Alma
antes me lo he encontrado.»

Emily Dickinson

Cuando desciende la luz

Hace una semana que volví de España y que estoy en casa.

En casa, en mi casona de campo blanca entre los labran-
tíos de Himmerland, en la linde del bosque Rold Skov, el
mayor de Dinamarca, según algunos; un sitio donde sen-
tirse seguro y a salvo. También este día cualquiera de di-
ciembre al filo de las siete y media. Es una mañana de
invierno oscura, cruda y fría como tantas otras; la correa
de la perra está ya fuera de su percha y la cremallera del
abrigo subida hasta arriba, de modo que *Linnea*, la golden
retriever de la familia, y yo podemos salir a dar nuestro pa-
seo matinal. Vamos por el camino de siempre. La pálida
aguililla que vive junto al claro donde comienza el bosque
grita y surca las alturas sobre nuestras cabezas. *Linnea* ni si-
quiera reacciona; ya son viejas conocidas. Olisquea, se ade-
lanta correteando, va y viene por el sembrado.

Estamos completamente solas cuando la luz cae de lo alto.

El rayo amarillo, grueso y opulento, se precipita desde el cielo, me alcanza con suavidad, pero con insistencia, justo encima de las cejas, se abre camino a través de mi hueso frontal y mi concepción del mundo y empuja todo eso que solo unos pocos comprenden sin dejarme vía de escape, porque me está taladrando la frente, aquí, a dos pasos de mi casa.

No es doloroso; cuando el haz de luz me da de lleno, se me calienta la piel y mi cabeza se echa hacia atrás. La corriente amarilla me recorre la columna vertebral y vuelve a salirme por el hueso sacro, dejando una estela luminosa en mi interior. El vértigo me echa hacia atrás, tengo una ausencia, me tambaleo y despierto arrodillada sobre la tierra fría y húmeda. *Linnea* gruñe y me mete el hocico por debajo del brazo, me da empujones como si dijera «¡Vamos, arriba!».

Me pongo en pie. Estoy abrumada y alegre al mismo tiempo, y me siento plena de una profunda felicidad. Volvemos a casa. *Linnea* sube de un salto a su cesto y se entretiene con sus tres galletas. Yo voy al granero y pongo en marcha el coche.

¿Cómo saber qué es si no lo sé? ¿Cómo saber que esa luz es Dios si nadie sabe si existe un Dios?

Mi vida y mi trabajo se basan en el conocimiento. Aquí todo consiste en hacer preguntas, buscar pruebas, obtener respuestas, aprender más con el tiempo; sin embargo, ahora, de pronto, sé algo que no sabía hace media hora y que no puedo demostrar. En el coche, de camino hacia el trabajo, repaso esos segundos junto a la linde del bosque. Parece

cosa de uno de esos predicadores embusteros que salen en la tele americana, pero, si no me creo mis propias experiencias, ¿cómo voy a confiar en otros como hago cada día en el trabajo cuando entrevisto a la gente y confío en lo que dicen?

Poco después sucede algo más.

Mis noches empiezan a verse interrumpidas por un sueño en el que una voz grave llama desde el otro lado de una pesada puerta de roble oscuro. La puerta de la capilla de Úbeda. En el sueño, la puerta está cerrada cuando no debería estarlo. Es de día, y a esas horas la puerta siempre está abierta; en el sueño lo sé. El sol brilla pálido y tímido, debe de ser de mañana y casi primavera. Una brisa suave agita las hojas quebradizas del plátano que se alza a la derecha de la puerta. La gente pasa charlando de sus cosas cotidianas. No parecen reparar en la puerta cerrada ni tampoco en la voz que llama desde dentro. Es una voz de hombre que al principio suena amable y educada, pero que poco a poco se va volviendo cada vez más apremiante. Al final, es tan perentoria y tan brusca que me despierto. Yo sé dónde está esa puerta. Lo que todavía ignoro es cómo cambiará mi vida la decisión de abrirla.